

LARRA, MARIANO JOSÉ DE (1809 – 1837)

IDEARIO ESPAÑOL (IV)

ÍNDICE:

[...]

IV

RELIGIÓN

Sentimentalismo católico

Dios y el diablo

Religión y justicia

Liberalismo y catolicismo

Religión y libertad

Humorismo sobre la resignación cristiana

Sentimentalismo católico

En buen hora el ánimo que se aturde en las alegrías del mundo, en buen hora no crea en Dios y en otra vida el que en los hombres cree y en esta vida que le forjan; empero mil veces desdichado sobre toda desdicha quien, no viendo aquí abajo sino caos y mentira, agotó en su corazón la fuente de la esperanza, porque para ése no hay cielo en ninguna parte y hay infierno en cuanto le rodea. No es lícito dudar al desdichado y es preciso no serlo para ser impío.

El rumor compasado y misterioso del cántico que la Religión eleva al Criador en preces por el que fue; el melancólico son del instrumento de cien voces que atruena el templo, llenándole de santo terror; el angustioso y sublime *De profundis*, agonizante clamor del ser que se refugió al seno de la creación, alma particular que se refunde en el alma universal, el último perdón pedido, la deprecación de la misericordia alzada al Dios de la justicia, son algo al oído del desgraciado, cuando, devueltos los sublimes ecos por las paredes de la casa del Señor, vienen a retumbar en el corazón, como suena el remordimiento en la conciencia, como retumba en el pecho del miedoso la señal del próximo peligro (III-557).

Dios y el diablo

Una incomprensible mezcla de religión y de pasiones, de vicios y virtudes, de saber y de ignorancia, era el carácter distintivo de nuestros siglos medios. Aquel mismo príncipe que perdía demasiado tiempo en devociones minuciosas y que expendía sus tesoros en piadosas fundaciones, se mostraba con frecuencia inconsecuente en su devoción, o descubría de una manera bien perentoria lo frívolo de su piedad, pues en vez de arreglar por ésta su conducta, se le veía no pocas veces salir de los templos del Altísimo para ir a descansar de las fatigas del gobierno en los brazos de una seductora concubina, que usurpaba la mitad del lecho regio de su consorte despreciada (II-78).

Religión y justicia

La Religión, pues, como dogma de los deberes del hombre para con el Poder superior preexistente a él en el mundo y como fuente de la *moral*; y la justicia, como dogma de los deberes de los hombres entre sí y como fuente del orden, son la base de todo estado social. Aunarlas y derivar sus consecuencias puras, sin tergiversación y sin mezcla de supersticiones; he aquí lo que ha tratado de hacer el autor de las *Palabras de un creyente*. Porque las supersticiones políticas han ahogado la justicia, como las supersticiones religiosas han ahogado la Religión (IV-598).

Liberalismo y catolicismo

Los liberales y los reformadores hubieran triunfado hace mucho tiempo completamente y para siempre si, en vez de envolver en la ruina de los tiranos a la Religión, -necesaria a los pueblos, y de que ellos habían hecho un instrumento, se hubieran asido a esa misma Religión, apoderándose de esta suerte de las armas mismas de sus enemigos para volverlas contra ellos. El protestantismo, separando en los pueblos, donde se introdujo, la Religión de la política, el cielo de la tierra, obró con mejor instinto; se granjeó el respeto y se consolidó, renunciando a miras mundanas de ambición; llegó a ejercer una verdadera influencia, tanto más indestructible cuanto mejor era su fundamento; y aseguró la libertad arraigándola primero en las conciencias, en las costumbres después. Hermanó la Libertad con la Religión. Aunque más tarde, ¿por qué no hemos de hacer lo propio con el catolicismo?

En España, la reacción debía ser más terrible, puesto que habían pesado más sobre ella que sobre nación alguna los excesos del fanatismo. No conteniéndose los partidos nunca en los justos límites, no consintiendo el calor de la lucha la reflexión, el traductor de las *Palabras de un creyente*, leído con ligereza y sin esta previa explicación, estaba expuesto a un doble riesgo. Podía aparecer a los políticos modernos preocupado en religión, epíteto poco envidiable en el día; y a los religiosos fanáticos, desorganizador en política. Sin embargo, no es ni lo uno ni lo otro. Si este libro puede conquistar a la causa liberal muchos de los fanáticos que creen que la Religión se opone a las instituciones libres; si puede convencerse a la multitud poco instruída de que la Religión cristiana es una religión democrática y popular; si puede cimentar la libertad, destruyendo su mayor enemigo: el fanatismo -el traductor corre con gusto el riesgo de aquella doble

inculpación; no, empero, sin declarar que ningún escritor ha escrito nunca para los que no saben leer (IV-594).

Religión y libertad

Religión pura, fuente de toda moral, y religión, como únicamente puede existir, acompañada de la tolerancia y de la libertad de conciencia; libertad civil, igualdad completa ante la ley e igualdad que abra la puerta a los cargos públicos para los hombres todos, según su idoneidad y sin necesidad de otra aristocracia que la del talento, la virtud y el mérito; y libertad absoluta del pensamiento escrito. He aquí la profesión de fe del traductor de las *Palabras de un creyente*. Después de esta declaración de principios por los cuales abogó constantemente en sus propios escritos, el traductor cree que puede dormir tranquilo sin temor de la calumnia, si es que ésta alguna vez pudiera atribuirle importancia bastante para asestar contra él sus flechas emponzoñadas (IV-594).

Humorismo sobre la resignación cristiana

Los filósofos cristianos han llamado unánimemente al mundo un valle de lágrimas; a ningún mundo viene más de molde esa lacrimosa y romántica calificación que a este donde voy a hacer mi entrada, mundo de dolor y de amargura, de fisonomías, de Cortes y de comunicados; no se puede dar un paso en él sin tropezar con la triste verdad. Porque, ¿qué verdad más triste que un periódico de la oposición?

Según ellos, las almas piadosas debemos creer que estamos en el mundo de paso. ¿A quién podrá cuadrar esta sentencia mejor que a los redactores de este periódico? Si a nosotros aludieron los filósofos al sentar aquella proposición, sin duda quisieron decir que estábamos de paso para Canarias. El padre Almeida asegura que en el mundo no hacemos más que una peregrinación. ¡Oh, padre perspicaz! Peregrinación sin duda a las islas adyacentes por medios verdaderamente peregrinos; ni nos falta el palo para seguir nuestro camino: cada día nos dan alguno nuevo y no esperado; no nos falta la calabaza, ni ¿cómo pudiera faltarnos en país donde cada hombre que sale, y sube, y se da a luz, sale calabaza? Ni las reliquias, en fin, porque ¿qué otra cosa es todo lo que estamos viendo sino reliquias de lo pasado? Y si no tenemos sandalias, hagámonos cargo de que parte de la peregrinación se ha de hacer por mar, y, en cambio, tenemos zapatos, mientras nos queden treinta y siete reales en el bolsillo propio o en el ajeno. Y zapatos que no hay sino decir: Pies, ¿para qué os quiero sino para estos zapatos? Verdadera peregrinación, durante la cual nunca sabemos dónde nos tomará la noche, si bien nos consta que haremos noche, y aun en caso de no tomarnos la noche, todas las demás cosas nos tomarán, incluso las medidas.

Estamos de acuerdo en todo, y por todo con el padre Almeida, hasta cuando dice que no es en este mundo donde está la felicidad, verdad que no necesita que se la diga el padre Almeida a quien tiene ojos en la cara; a la salida de este mundo está, venerable padre, y el enigma se ha descubierto, porque saliendo de él como saldremos para Canarias, debemos

tener presente que los antiguos llamaban a estas islas las Islas Afortunadas; es decir, la mansión de la felicidad; así sea, que pronto lo hemos de ver. (III-542).